NARRATIVA DE CORDELIA

Una Comedia Moderna

El Mono Blanco & Un Cortejo Silencioso & La Cuchara de Plata & De Paso & El Canto del Cisne



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2025

Título original: A Modern Comedy (1928) [The White Monkey (1924), A Silent Wooing (1927), The Silver Spoon (1926), Passers-By (1927) & Swan Song (1928)]

Edita: Reino de Cordelia www.reinodecordelia.es

@@reinodecordelia ff facebook.com/reinodecordelia

www.youtube.com/c/ReinodeCordeliao1

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española © Reino de Cordelia, S.L. C/Agustín de Betancourt, 25-6º pta. 13 28003 Madrid

LEI papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques v plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción de O Susana Carral Martínez, 2014

Imagen de sobrecubierta: Detalle de Invitation to the Waltz (1895), de Francisco Miralles Imagen de cubierta: Detalle de Habitación con alfombras, de William Merritt Chase

IBIC: FA | Thema: FBA ISBN: 979-13-87599-23-2

ISBN Obra Completa: 979-13-87599-28-7

Depósito legal: M-20453-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press Impreso de la Unión Europea Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Una Comedia Moderna

El Mono Blanco & Un Cortejo Silencioso & La Cuchara de Plata & De Paso & El Canto del Cisne

> John Galsworthy Traducción de Susana Carral



Índice

15
17
23
25
31
41
47
53
57
65
73
83
93
93 101

115	XIII. Sobre ascuas
119	Parte II
121	I. El marco se devalúa
133	II. Victorine
143	III. Michael camina y habla
153	IV. El cuerpo de Fleur
161	V. El alma de Fleur
165	VI. Michael se rinde
173	VII. En cueros
179	VIII. Soames acepta el reto
187	IX. El sabueso
193	X. El rostro
197	XI. Mil vueltas
203	XII. Hacia Oriente
207	Parte III
209	I. Festivo
213	II. En la oficina
223	III. La siesta de una dríade
227	IV. La siesta de un Bicket
233	V. El consejo de Michael
239	VI. Liberación

VIII. Huido 249 A Soames le importa un bledo 257 X. Pero no arriesga 261 XI. Con «n» minúscula 269	243	VII. Investigando a Elderson
X. Pero no arriesga 261	249	VIII. Huido
	257	IX. A Soames le importa un bledo
XI. Con «n» minúscula 269	261	X. Pero no arriesga
U	269	XI. Con «n» minúscula
XII. Ordalía del accionista 273	273	XII. Ordalía del accionista
XIII. Soames acorralado 283	283	XIII. Soames acorralado
XIV. Inquietud 291	291	XIV. Inquietud
	297	XV. Calma
XV. Calma 297	301	Entreacto Un cortejo silencioso
Entreacto	317	Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo	323	Parte I
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA 317	325	I. Un extranjero
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA 317 PARTE I 323	331	II. Cambio
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA 317 PARTE I 323 I. Un extranjero 325	339	III. Michael echa un ojo
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA 317 PARTE I 323 I. Un extranjero 325 II. Cambio 331	345	IV. Simple conversación
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA 317 PARTE I 323 I. Un extranjero 325 II. Cambio 331 III. Michael echa un ojo 339	351	V. Deslizamiento lateral
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA 317 PARTE I 323 I. Un extranjero 325 II. Cambio 331 III. Michael echa un ojo 339 IV. Simple conversación 345	357	VI. Soames se mantiene alerta
Entreacto UN CORTEJO SILENCIOSO 301 Libro segundo LA CUCHARA DE PLATA 317 PARTE I 323 I. Un extranjero 325 II. Cambio 331 III. Michael echa un ojo 339 IV. Simple conversación 345 V. Deslizamiento lateral 351	363	VII. Ruidos en la noche
· ·	291	XIV. Inquietud
		_
		-
X. Pero no arriesga 261		
VIII. Huido 249 A Soames le importa un bledo 257 X. Pero no arriesga 261	243	VII. Investigando a Elderson

367	VIII. Consecuencias
375	IX. Aves de corral y arpías
381	X. Francis Wilmot da un giro
385	XI. Soames hace una visita a la prensa
393	XII. Michael reflexiona
399	XIII. Comienza el pleito
407	XIV. Tras considerarlo detenidamente
415	Parte II
417	I. Michael pronuncia su discurso
423	II. Resultados
433	III. Marjorie Ferrar en casa
439	IV. Fons et Origo
447	V. El pleito avanza
453	VI. Michael visita Bethnal Green
461	VII. Contrastes
471	VIII. Reuniendo pruebas
481	IX. Cambio de opinión
485	X. Fotografías
497	XI. El seguimiento
501	XII. Cada vez más

Parte III	509
I. El circo	511
II. No lo consentiremos	519
III. Soames vuelve a casa en coche	523
IV. Catecismo	529
V. El día	535
VI. En el estrado	543
VII. Harta	555
VIII. Fantoches	561
IX. Juerga en casa de la señora Magussie	567
X. Página en blanco	575
XI. Molinos de viento	581
XII. Tornada	591
Entreacto DE PASO	597
I	599
II	605
III	611
Libro tercero EL CANTO DEL CISNE	615
Parte I	621
I. Puesta en marcha del comedor	623

631	II. Al teléfono
639	III. Vuelta a casa
645	IV. Soames llega a la ciudad
653	V. Peligro
659	VI. La caja de rapé
669	VII. Michael tiene dudas
675	VIII. Un secreto
681	IX. Reencuentro
687	X. Después de comer
693	XI. Caminata
699	XII. Sentimientos personales
707	XIII. Soames a la espera
	Parte II
715	
717	I. I. El hijo de Sleeping Dove
723	II. Soames va a las carreras
731	III. Los potros de dos años
739	IV. The Meads
749	V. Sarampión
755	VI. La creación del comité
767	VII. Dos visitas
775	VIII. Una feliz coincidencia
781	IX. ¡Pero Jon!

X. Un poco de todo	787
XI. La rehabilitación de los barrios pobres	795
XII. Una noche deliciosa	805
XIII. ¡Siempre!	813
Parte III	819
I. Soames aconseja	821
II. La cabeza ocupada	827
III. El alma obsesionada	833
IV. Una conversación en el coche	839
V. Otra conversación en el coche	845
VI. Soames tiene una idea genial	851
VII. Mañana	861
VIII. El fruto prohibido	869
IX. Consecuencias	873
X. El fruto amargo	879
XI. Forsyte Grande	885
XII. Adelante	895
XIII. Pasiones y fuegos	905
XIV. Silencio	915
XV. Soames cruza al otro lado	923
XVI. Cadencia perfecta	929

Prólogo

John Galsworthy (1867-1933) creía que, entre otras cosas, la Literatura era un instrumento para facilitar el cambio social. Se refleja en sus famosas *Crónicas de los Forsyte*, que abarcan tres trilogías: «La saga de los Forsyte» —*El propietario* (1906), *En los tribunales* (1920) y *Se alquila* (1921)—, «Una comedia moderna» —*El mono blanco* (1924), *La cuchara de plata* (1926) y *El canto del cisne* (1928)— y «Fin del capítulo» —*Esperanzas juveniles* (1931), *Un desierto en flor* (1932) y *Al otro lado del río* (1933)—. Todas ellas pueden leerse como novelas independientes, aun formando parte de una serie, con los breves entreactos que Galsworthy incluyó entre las novelas de cada trilogía para dar continuidad a cada una de estas monumentales *Crónicas*.

Cuando en 1932 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, el acta del jurado destacó su poderosa fuerza descriptiva para desmenuzar las distintas clases en las que se divide la jerarquía social y los roces entre el deseo, la avidez y la honra, lo que se aprecia nítidamente en esta segunda trilogía de *Las crónicas de los Forsyte*, «UNA COMEDIA MODERNA», donde habla además de amores perdidos y conquistados, de honestidad y engaño y ofrece respuestas sencillas a las complicadas cuestiones y dudas que plantea la vida.

Respecto a la primera trilogía de los Forsyte, en esta segunda el mundo ha cambiado sensiblemente tras la I Guerra Mundial. Pero las heridas que provocaron ese conflicto bélico aún no han cicatrizado y flota ahora una amenaza que desencadenó algo que Galsworthy no llegaría a ver, la segunda gran guerra europea. Ese mundo confuso, que ansía cambios sin encontrar cómo llevarlos a cabo, se parece extraordinariamente al actual. El éxito de la serie televisiva de la BBC sobre la primera trilogía de los Forsyte hizo muy populares las andanzas de esta familia que asiste a los últimos años de la era victoriana, pero ocultó la fuerza, interés y calidad de las otras dos trilogías, que ya se asientan en la era moderna, esa que nos es más próxima.

Fiel a su estilo, Galsworthy se permite ahora en estas tres nuevas entregas —que incluyen los dos entreactos que solía escribir entre una y otra— ligeros experimentos, como humanizar al perro pekinés de Fleur, la hija de Soames Forsyte, el gran patriarca que seguirá apareciendo hasta las páginas finales de *El canto del cisne*, puerta de salida de «UNA COMEDIA MODERNA». Jamás un personaje tan antipático había sido capaz de enamorar a tantos miles de lectores.

Susana Carral

Libro primero
El Mono Blanco



REFERENCES

«¡No hay retirada, no hay retirada; Deben vencer o morir, Quienes no pueden batirse en retirada!».

JOHN GAY

会会のないない

Para Max Beerbohm¹



Sir Max Beerbohm o Henry Maximilian Beerbohm, dandy, escritor, humorista y caricaturista inglés, nació en Londres en 1872 y murió en Rapallo (Italia) en 1956. En 1911 publicó su única novela, *Zuleika Dobson*, y un año más tarde *The Christmas Garland*, un conjunto de relatos navideños que reflejan los errores estilísticos de algunos escritores célebres, principalmente Henry James. En 1919 apareció la colección de relatos *Seven Men*, unánimemente considerada una obra maestra, de la que destaca la narración *Enoch Soames*, que tanto ponderase Jorge Luis Borges y que da nombre al principal personaje de *La saga de los Forsyte*, Soames Forsyte. Muy popular en la agitada vida intelectual londinense, Beerbohm mantuvo una estrecha amistad con Frank Harris, editor de la prestigiosa *Saturday Review*, publicación en la que en 1898 sucedió a George Bernard Shaw como crítico literario.



I. El paseo

Bajando las escaleras del Snooks' Club¹, tan gastadas por los paladines de dejar las cosas como están, aquella tarde crucial de mediados de octubre de 1922² sir Lawrence Mont, noveno baronet, dirigió su exquisita nariz hacia el viento del este y empezó a mover con rapidez sus delgadas piernas. Más político por cuna que por naturaleza, repasó la revolución que había devuelto a su partido al poder con una indiferencia no falta de humor. Al pasar junto al Remove Club pensó: «¡Ahí dentro deben estar sudando frío! Se les acabó la buena vida. Ahora las perdices se las servirán sin guarnición».

Los capitanes y los reyes habían dejado el Snooks antes de que entrara Mont, pues no formaba parte de «ese grupo de pacotilla, ya licenciado, que busca rentas inmediatas, no señor; esos hombres que dan la espalda a la tierra en el mismo momento en que una guerra termina. ¡Bah!», pero durante una hora había escuchado los ecos, y su mente aguda e inquieta, en la que se incrustaban depósitos del pasado, escéptica en cuanto al presente y a todas las proclamaciones y manifestaciones políticas, se había divertido tomando nota de la confusión entre patriotismo y personalidades que aquel grupo fatídico había dejado tras de sí. Como la mayoría de los terratenientes, descon-

El Snooks' es el club de los conservadores y el Remove el de los liberales.

Por entonces el Partido Liberal (tercera fuerza política en el país) estaba dividido en dos bandos, el de H.H. Asquith y el de Lloyd George. Este último gobernaba en coalición con los conservadores, pero el acuerdo se rompió en octubre de 1922 —precisamente la tarde en la que comienza la narración—, por lo que se convocaron elecciones para el 15 de noviembre. Serían las primeras celebradas después de que la mayor parte de los condados de Irlanda formasen el Estado Libre Irlandés. Ganaron los conservadores por una aplastante mayoría. (Todas las notas son de la traductora).

fiaba de la doctrina. Si tenía algún convencimiento político era el de gravar el trigo con impuestos v. según podía ver. de momento nadie le seguía: aunque él no buscaba ser elegido. En otras palabras: sus principios no corrían peligro de extinguirse a causa de los votos de aquellos que debían pagar para tener pan. Los principios —reflexionó au fond siempre tenían que ver con el bolsillo y jojalá esa gente del demonio no fingiera lo contrario! Con el bolsillo, por supuesto, en el sentido más amplio de la expresión: el del interés personal como miembro de una comunidad determinada. ¿Cómo diantre iba a existir esa comunidad determinada, la nación inglesa, si sus tierras estaban dejando de ser cultivadas y todos sus barcos y muelles corrían peligro de ser destruidos por aviones? Había escuchado durante una hora a la espera de que alguien hablara de la importancia de la tierra. ¡Nada! En política no resultaba práctico, ¡malditos fueran! Tenían que gastar los pantalones sentados en sus escaños o haciendo lo necesario para conseguirlos. ¡No había conexión alguna entre las posaderas y la posteridad! ¡No, caramba! Y al pensar en la posteridad se le ocurrió que la mujer de su hijo aún no mostraba indicio alguno. ¡Dos años! Ya era hora de que pensaran en tener hijos. Resultaba peligroso acostumbrarse a no tenerlos cuando de ello dependían un título y una propiedad. Una sonrisa curvó sus labios y sus cejas, que parecían bosquecillos de ganchos para cacerolas. Era una criatura hermosa, de lo más atractiva, jy lo sabía! ¿Quién no se contaba entre sus amistades? Leones y tigres, monos y gatos: su casa se estaba convirtiendo en una colección de fieras más o menos famosas. Esa clase de cosas no resultan del todo reales. Al pasar frente a uno de los leones británicos de Trafalgar Square, sir Lawrence pensó: «¡Esto será lo próximo que se lleve a casa! Tiene el hábito de coleccionar. Michael deberá andarse con cuidado: en la casa del coleccionista siempre hay un cuarto trastero para los bártulos viejos, y los maridos suelen acabar arrumbados en él. Lo que me recuerda que prometí llevarle un ministro chino. Bueno, ahora tendrá que esperar hasta después de las elecciones generales».

Al mirar en dirección a Whitehall, las torres de Westminster quedaron a la vista durante un segundo, hacia el este, bajo el gris del cielo. «Tampoco eso resulta del todo real —pensó—, ¡Michael y sus modas pasajeras! Bueno, es lo que se lleva: principios socialistas y una esposa rica. ¡Sacrificio dentro de la seguridad! ¡Paz dentro de la abundancia! ¡Panaceas, diez por un penique!».

Después de pasar la algarabía periodística de Charing Cross, agudizada por la crisis política, giró a la izquierda en dirección a Danby & Winter, editores, donde su hijo era socio menor. Un nuevo tema para un libro empezaba a abrirse paso en una mente que ya había compuesto *La vida de Montrose*, *La lejana Catay* —ese libro de viajes al Oriente— y una imaginativa conversación entre las sombras de Gladstone y Disraeli titulada *A dúo*. A cada paso que lo alejaba del Snooks en dirección este,

su figura delgada y erguida, envuelta en un abrigo con cuello de astracán, su rostro enjuto con bigote entrecano y un monóculo con montura de carey bajo la ceja oscura y despierta, se habían ido convirtiendo en algo poco común. Casi constituían un fenómeno extraño en aquel callejón sórdido donde las carretas resultaban tan pegajosas como las moscas de invierno y las personas pasaban con libros bajo el brazo, como si fuesen cultas.

Estaba a punto de llegar a la puerta de Danby cuando se tropezó con dos hombres jóvenes. Sin duda, uno de ellos era su hijo, que vestía mejor desde que se había casado, e iba fumando un puro —¡gracias a Dios!—, en lugar de esos cigarrillos que solía encadenar. El otro... ¡ah, sí!, el poeta que vivía de Michael y que había sido su padrino de boda, con la cabeza en alto, una cabeza impecable bajo un sombrero de veludillo.

- —Hola, Michael.
- —¡Hola, Bart³! ¿Conoces a mi padre, Wilfrid? Este es Wilfrid Desert, autor de *Moneda de cobre*. Un gran poeta, Bart, te lo digo yo. Tienes que leerlo. Nos vamos a casa ¿te vienes?

Sir Lawrence se fue con ellos.

- —¿Qué ha pasado en el Snooks?
- —Le roi est mort. Los laboristas pueden empezar a mentir, Michael. Habrá elecciones el mes que viene.
- —Bart fue criado en una época, Wilfrid, en la que no se tenía en cuenta al pueblo.
 - —Dígame, señor Desert, ¿encuentra algo de verdad en la política actual?
 - —¿Hay alguna cosa en la que podamos encontrar algo de verdad, señor?
 - —En los impuestos.

Michael sonrió y dijo:

- —Por encima del título de caballero, no existe la fe sin más.
- —Imagina que tus amigos llegan al poder, Michael, en cierto modo no sería mala cosa porque les ayudaría a madurar, ¿qué podrían hacer? ¿Podrían mejorar el gusto nacional? ¿Abolir el cine? ¿Enseñar a los ingleses a cocinar? ¿Evitar que otros países amenacen con la guerra? ¿Obligarnos a cultivar nuestro propio alimento? ¿Detener el aumento de la vida en la ciudad? ¿Colgarán a los que se entretienen con el gas tóxico? ¿Podrían evitar que despeguen los aviones en tiempo de guerra? ¿Serían capaces de debilitar el instinto posesivo... en todas partes? ¿O, en definitiva, podrían hacer cualquier otra cosa que no fuese alterar un poco el índice de posesión? La política de cualquier partido solo es un fertilizante superficial. Nos gobiernan los

³ Abreviatura de baronet, título nobiliario que ostenta sir Lawrence Mont.

creadores y la naturaleza humana, por eso estamos con la soga al cuello, señor Desert.

-Más o menos lo que yo pienso, señor.

Michael hizo un ademán ostentoso con su cigarro.

—¡Vaya par de viejos malos estáis hechos!

En ese momento, los tres se descubrieron al pasar frente al monumento a los caídos en la Gran Guerra.

- —Curiosamente sintomático —dijo sir Lawrence—. Un monumento al miedo a la ostentación, de lo más característico. Y el miedo a la ostentación...
 - —Continúa, Bart —pidió Michael.
- —Lo exquisito, lo grande, lo florido... todo falta. No hay opiniones con visión de futuro, ni planes importantes, ni grandes principios, ni religión monumental ni arte extraordinario: en los corrillos y lugares estancados solo hay hombres pequeños con sombreros pequeños.
- —Cómo suspiraba el corazón ante el monumento a Byron, a Wilberforce, a Nelson. ¡Mi pobre Bart! ¿Qué opinas tú, Wilfrid?
 - —Sí, señor Desert, ¿qué opina usted?

El rostro moreno de Desert se contrajo.

—Esta es una época de paradojas —respondió—. Todos armamos escándalo en busca de la libertad y las únicas instituciones que ganan en fuerza son el socialismo y la Iglesia Católica. Nos sentimos terriblemente acomplejados ante el arte y el único desarrollo artístico que obtenemos es el cine. Nos volvemos locos por la paz y lo único que hacemos al respecto es perfeccionar el gas tóxico.

Sir Lawrence torció la cabeza para mirar a un joven tan resentido.

- —¿Y cómo va la editorial, Michael? —preguntó.
- —Pues Moneda de cobre se vende como rosquillas y A dúo se mueve bastante. ¿Qué te parece esto para un nuevo anuncio: «A dúo, escrito por sir Lawrence Mont, Bart. La conversación más distinguida del mundo de los muertos»? Así atraeremos a los espiritistas. Wilfrid ha sugerido: «G.O.M. y Dizzy: transmisión desde el infierno⁴». ¿Cuál te gusta más?

Habían llegado a la altura de un policía con la mano en alto frente al hocico de un caballo que tiraba de un furgón, de manera que todo permanecía estancado. Los moto-

⁴ Los seguidores de William Ewart Gladstone (1809-1898) se referían a él, entre otros apodos, como *G.O.M.*, que equivalía a Grand Old Man (algo así como «el anciano magnífico»). Según Disraeli, con el que se llevaba a matar, esas mismas siglas correspondían a God's Only Mistake («el único error de Dios»). Benjamín Disraeli (1804-1881) era conocido como *Dizzy*, una deformación de su apellido, que a las clases trabajadoras les costaba mucho pronunciar bien. Los dos fueron, quizá, los mejores estadistas de la época victoriana: Gladstone liberal y Disraeli conservador.

res de los automóviles runruneaban despreocupados mientras las caras de sus conductores se dirigían hacia el espacio que no podían ver; una joven en bicicleta miraba distraída a su alrededor, agarrada a la parte de atrás del furgón, donde un chico se sentaba de lado con las piernas estiradas hacia ella. Sir Lawrence volvió a mirar al joven Desert. Su rostro enjuto y de un moreno pálido era atractivo, pero le faltaba algo, como si no estuviera bien acompasado; no había nada *outré* en su forma de vestir o en sus modales y sin embargo no parecía integrado socialmente; era menos vivaz que el alegre granuja de su hijo, pero igual de inquieto, aunque más escéptico, ¡seguramente se lo tomaría todo muy a pecho! El policía bajó la mano.

- —¿Fue a la guerra, señor Desert?
- —Sí.
- —¿Sirvió en aviación?
- —Y en tierra. Hice un poco de todo.
- —Difícil para un poeta.
- —En absoluto. La poesía solo es posible cuando se puede saltar por los aires en cualquier momento o cuando se vive en Putney.

Sir Lawrence levantó una ceja.

- —Ah, ¿sí?
- —Tennyson, Browning, Wordsworth, Swinburne... todos lo consiguieron; ils vivaient, mais si peu.
 - —¿Y no existe una tercera condición favorable?
 - —¿Cuál, señor?
 - —¿Cómo expresarlo? Una cierta agitación cerebral con respecto a las mujeres.

El rostro de Desert se contrajo y pareció ensombrecerse.

Michael introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su casa.

II. En casa

La Casa de South Square, Westminster, a la que el joven matrimonio Mont había llegado dos años antes, después de su luna de miel en España, podría considerarse «emancipada». Era la obra de un arquitecto cuyo sueño consistía en una casa nueva perfectamente vieja y una casa vieja perfectamente nueva. Lo cual había dado como resultado la falta de tradiciones o estilos reconocidos y la carencia de prejuicios estructurales. Pero se había impregnado del hollín de la metrópolis con una rapidez tan particular que su piedra va se parecía bastante a la empleada por Wren. Los remates de puertas y ventanas se curvaban ligeramente. El tejado, de inclinación pronunciada y un rosa tiznado, casi parecía danés y a él se asomaban «dos ventanitas monísimas», lo que daba la impresión de que allí vivían unos criados muy altos. Había habitaciones a cada lado de la puerta principal, que era ancha y quedaba realzada por unos laureles con ataduras en negro y oro. Dentro, la casa era espaciosa y la escalera, de una pureza amplia, arrancaba desde el extremo más alejado de un vestíbulo capaz de albergar un buen número de sombreros, abrigos y tarjetas de visita. Contaba con cuatro cuartos de baño y no tenía sótano. El instinto Forsyte para las casas había colaborado en su adquisición. Soames la eligió para su hija, sin decorar, en el momento psicológico en el que estalló la burbuja de la inflación y el globo del comercio mundial dejó escapar su aire. Sin embargo, Fleur enseguida se había puesto en contacto con el arquitecto —factor que el propio Soames no había superado por completo— y decidido que en su casa no habría más de tres estilos diferentes: chino, español y el suyo propio. La habitación que se abría a la izquierda de la puerta principal y que llegaba hasta el fondo de la casa, era de estilo chino, con paneles de marfil, suelo de cobre, calefacción central y brillos de cristal tallado. Contenía cuatro pinturas, todas chinas:

la única escuela en la que su padre aún no se había aventurado. La chimenea, ancha y abierta, tenía tejas chinas sobre las que se asentaban perros chinos. La seda era, en su mayoría, verde jade. Había dos maravillosas cajas grandes para el té, negras y antiguas, compradas en Jobson's con el dinero de Soames, nada baratas. No había piano, en parte porque los pianos resultaban excesivamente occidentales y en parte porque habría ocupado demasiado espacio. Fleur quería espacio: coleccionaba gente en lugar de muebles o bibelots. La luz, que entraba a través de las ventanas situadas en ambos extremos, por desgracia no era china. A veces la joven permanecía en el centro de la habitación pensando en cómo «agrupar» a sus invitados; en cómo hacer que la habitación pareciese más china sin resultar incómoda; en cómo aparentar que lo sabía todo de literatura y de política; en cómo aceptar todo lo que su padre le daba, ocultándole que su gusto no tenía sentido del futuro; en cómo conservar a Sibley Swan, la nueva estrella de la literatura, y echarle el guante a Gurdon Minho, la vieja estrella; en que Wilfrid Desert empezaba a tenerle demasiado cariño; en cuál era realmente su estilo a la hora de vestir; en por qué Michael tenía unas orejas tan graciosas; y a veces permanecía sin pensar en nada, tan solo sintiendo un ligero anhelo.

Cuando los tres hombres entraron, ella estaba sentada frente a una mesa de centro de laca roja, terminando de tomar un té exquisito. Siempre hacía que le sirvieran el té bastante temprano, para poder disfrutar ella sola de un buen «atracón» preliminar con tranquilidad, porque ya había dejado atrás los veinte años y ese era el momento del día en que recordaba su juventud. A su lado, Ting-a-ling se mantenía erguido sobre las patas traseras, con las delanteras de color tostado apoyadas en un escabel chino y el hocico, chato, negro y tostado, alzado hacia los frutos de su filosofía.

—Ya está bien, Ting. ¡No hay más, cielo! ¡Se acabó!

La expresión de Ting venía a decir: «Pues entonces deja de comer tú también y no me tortures».

El perro tenía un año y tres meses y Michael lo había comprado en una tienda de Bond Street para regalárselo a Fleur en su vigésimo cumpleaños, once meses antes.

En dos años de matrimonio no se había dejado crecer el cabello, corto y castaño oscuro; y ese mismo tiempo había añadido algo más de decisión a sus ágiles labios, algo más de encanto a sus ojos color avellana sobre un fondo muy blanco, algo más de elegancia y ritmo a su porte, algo más de pecho y cadera; le había quitado un poco de talle y pantorrilla, un poco de color a sus mejillas, menos redondeadas, y un poco de dulzura a una voz algo más acariciadora.

Permaneció de pie tras la bandeja, extendiendo su brazo blanco y torneado, sin una palabra. Evitaba saludos y despedidas innecesarios. Habría tenido que realizarlos demasiado a menudo y su propósito lo cumplían, incluso mejor, la mirada, la presión ejercida en la mano y una ligera inclinación lateral de la cabeza.

Con un movimiento circular de la mano que le habían estrechado, comentó:

- —Sentaos. ¿Crema, señor? ¿Azúcar, Wilfrid? Ting ha comido demasiado, ¡no le deis nada! Cuenta, Michael. Me he enterado de lo de la reunión en el Snooks. Espero que no salgas a solicitar el voto para los laboristas de puerta en puerta. Es una tontería. Si alguien llamara a mi puerta pidiendo mi voto, votaría por el contrario.
 - —Sí, querida, pero tú no eres el votante medio.

Fleur lo miró. ¡Muy bien expresado! Consciente de que Wilfrid se mordía los labios, de que sir Lawrence se había dado cuenta de ello, de la cantidad de pierna y seda que dejaba a la vista y de sus tazas de té negras y blancas, decidió ajustar la situación. Un aleteo de sus párpados blancos y Desert dejó de morderse los labios; un movimiento de sus piernas de seda y sir Lawrence dejó de observarlo. Repartiendo las tazas, dijo:

—Supongo que no soy lo bastante moderna.

Desert, moviendo en círculos una brillante cucharilla dentro de su taza color urraca, comentó sin levantar la mirada:

- —Eres más moderna que los modernos en la misma medida en que eres más antigua que ellos.
 - —¡Cuidado con la poesía! —exclamó Michael.

Pero cuando se llevó a su padre a ver las nuevas caricaturas de Aubrey Greene, la joven dijo:

-Espero que tengas la amabilidad de explicarme a qué te referías, Wilfrid.

Desert perdió el control de su voz.

- —¿Qué importa? No quiero desperdiciar el tiempo con eso.
- —Pero vo quiero saberlo. Parecía un comentario despreciativo.
- —¿Despreciativo? ¿Hecho por mí? ¡Fleur!
- -Entonces explícamelo.
- —Me refería a que cuentas con su misma inquietud y empuje práctico, pero también tienes lo que ellos no tienen, Fleur: el poder de llamar la atención. Y la mía la has llamado. Ya lo sabes.
 - —¿Qué diría Michael? ¿Tú, su padrino de boda?

Desert se acercó raudo a la ventana.

Fleur subió a Ting-a-ling a su regazo. Ya le habían dicho antes cosas de ese tipo, pero viniendo de Wilfrid el asunto era serio. ¡Claro que resultaba agradable saber que le había entregado su corazón! Pero ¿dónde podía situarlo de manera que solo ella fuese capaz de verlo? Era un hombre imprevisible, ¡hacía cosas raras! Y ella

tenía miedo, no de él sino de esa cualidad suya. Desert regresó junto al hogar de la chimenea y dijo:

—Fea situación. Deja ese maldito perro, Fleur. No te veo la cara. Si apreciaras de verdad a Michael, juro que no lo intentaría. Pero no lo aprecias.

Fleur respondió con frialdad:

—Sabes muy poco. Claro que aprecio a Michael.

Desert soltó su característica risa entrecortada.

—Oh, sí, pero es la clase de aprecio que no cuenta.

Fleur levantó los ojos hacia él.

- —Cuenta lo bastante como para darme seguridad.
- —Y convertirte en la flor que yo no podré coger.

Fleur asintió.

—¿Estás segura, Fleur? ¿Completamente segura?

Fleur lo miró fijamente. Sus ojos se suavizaron un poco y sus párpados, tan blancos, los cubrieron. Volvió a asentir. Desert dijo, muy despacio:

- -En el mismo momento en que lo crea, partiré hacia Oriente.
- —¿Hacia Oriente?
- —No está tan visto como irse al oeste, pero el efecto es el mismo: ya no se vuelve nunca.

Fleur pensó: «¿Oriente? ¡Cómo me gustaría conocer el Oriente! ¡Qué pena no poder conseguir eso también! ¡Qué pena!».

- —No formaré parte de tu zoo, querida. No te rondaré, conformándome con las sobras. Sabes que lo que siento no admite medias tintas.
 - —Pero no ha sido culpa mía.
 - —Sí. Me has coleccionado, como coleccionas todo cuanto se acerca a ti.
 - —No sé a qué te refieres.

Desert se inclinó y acercó la mano de Fleur a sus labios.

-No te enfades conmigo. Soy muy desdichado.

La joven no apartó la mano de los labios calientes de él.

- -Lo siento, Wilfrid.
- —Está bien, querida. Me voy.
- —Pero ¿vendrás a cenar mañana?

Desert respondió con violencia:

—¿Mañana? ¡Santo cielo! ¡No! ¿De qué te crees que estoy hecho?

Soltó con furia la mano de la joven.

- —No me gusta la violencia, Wilfrid.
- —Adiós. Será mejor que me vaya.

Las palabras «v será mejor que no vuelvas más» se asomaron a sus labios, pero no llegó a pronunciarlas. Separada de Wilfrid, la vida perdería parte de su pasión. Le dijo adiós con la mano y él se fue. Fleur oyó cómo se cerraba la puerta. ¡Pobre Wilfrid! ¡Era tan agradable contar con un fuego ante el que calentarse las manos! Agradable sí, pero también peligroso. De repente, dejó caer a Ting-a-ling de su regazo, se levantó y empezó a pasear por el salón. ¡Mañana! ¡El segundo aniversario de su boda! Seguía sintiendo dolor cuando pensaba en lo que no había podido ser. Pero tenía poco tiempo para pensar y procuraba no hacerlo. ¿Qué ganaba pensando? Solo se tiene una vida: una vida llena de gente, de cosas por hacer y por tener, de cosas deseadas; una vida en la que solo faltaba algo que... bueno, cuando la gente lo conseguía, no le duraba mucho. Dos lágrimas que habían asomado a sus ojos se secaron sin llegar a caer. ¿Sentimentalismo? No. Eso era lo peor, la ofensa imperdonable. ¿A quién sentaría al lado de quién mañana? ¿Y a quién invitaría en lugar de Wilfrid, si Wilfrid no aparecía, el muy bobo? Un día más, una noche más, ¿qué importaba? ¿Quién debería sentarse a la derecha de ella y quién a su izquierda? ¿Era Aubrey Green más distinguido o lo era Sibley Swan? ¿Y sería cualquiera de ellos dos tan distinguido como Walter Nazing o Charles Upshire? Una cena para doce, exclusivamente literaria y artística, exceptuando a Michael y Alison Charwell. ¡Ah! ¿Sería Alison capaz de traerle a Gurdon Minho, un escritor de la vieja escuela, una copa de vino añejo para suavizar la efervescencia? No publicaba con Danby & Winter, pero comía de la mano de Alison. Se acercó apresurada a una de las cajas de té y la abrió: dentro había un teléfono.

—Deseo hablar con lady Alison, por favor. De la señora de Michael Mont. Sí, gracias. ¿Alison? Soy Fleur. Wilfrid no podrá venir a la cena de mañana. ¿Existe la posibilidad de que traigas a Gurdon Minho? Por supuesto que no lo conozco, pero podría apetecerle. ¿Lo intentarás? Sería tan maravilloso. ¿No te parece emocionante la reunión del Snooks' Club? Bart dice que se devorarán entre ellos, ahora que se han separado. ¿Podrías confirmarme esta noche lo del señor Minho? ¡Gracias, muchísimas gracias! ¡Adiós!

Y si fallaba Minho, ¿quién? Su mente repasó los nombres de su libreta de direcciones. Con tan poca antelación, debía tratarse de alguien que no tuviese muy en cuenta las formalidades; pero excepto Alison, ninguno de los conocidos de Michael estaría a salvo de Sibley Swan o Nesta Gorse y de sus pullas subversivas. En cuanto a los Forsyte, quedaban descartados; tenían un sentido del humor propio, agridulce (algunos), pero no eran modernos, en el fondo no. Además, los evitaba cuanto podía: databan del período dramático, pertenecían a él, no tenían sentido de la vida sin principio ni fin. ¡No! Si Gurdon Minho desertaba, tendría que buscar a un músico cuyas obras resultasen jeroglíficas con una pincelada de consultorio; o mejor aún:

un psicoanalista. Sus dedos fueron pasando las hojas hasta que llegó a esas dos categorías. ¿Hugo Soltis? Era una posibilidad; pero ¿y si quería tocar para ellos alguna composición reciente? Solo tenían el piano vertical antiguo de Michael, lo que les obligaría a ir a su estudio. Mejor Gerald Hanks; Nesta Gorse y él podrían ponerse pesadísimos hablando de los sueños; aunque, si lo hacían, tampoco iba a ser el fin del mundo. Sí, si fallaba Gurdon Minho, llamaría a Gerald Hanks —no tendría otro compromiso— y lo sentaría entre Alison y Nesta. Cerró la agenda, regresó a su diván verde jade y se sentó mirando a Ting-a-ling. Los ojos redondos y prominentes del perrito le devolvieron la mirada: brillantes, negros, muy viejos. Fleur pensó: «No quiero que falte Wilfrid». De la gente que iba y venía, aquí, allá y en todas partes, a ella no le importaba nadie. Claro que seguirles el ritmo era mantenerse al corriente de todo. Resultaba tremendamente divertido, además de muy necesario. Pero... pero ¿qué?

¡Voces! Eran Michael y Bart, que volvían. Bart se había fijado en la actitud de Wilfrid. Era de los que se fijaban en todo. Nunca se sentía demasiado cómoda cuando Bart andaba cerca: resultaba agudo e inquieto, pero en él había algo estable, ancestral; un poco como pasaba con Ting-a-ling, en el que se apreciaba algo juicioso que continuamente le decía que ella resultaba inconstante y nueva. Era un hombre anclado que solo podía moverse en función del largo del cabo que lo ataba —el de las tradiciones—, pero entendía las cosas de una forma desconcertante. Con todo, la admiraba; de eso estaba segura, sí.

¡Bueno! ¿Qué le habían parecido las caricaturas? ¿Debería Michael publicarlas? ¿Con impresión tipográfica o sin ella? ¿No le resultaba terriblemente graciosa la titulada Naturaleza muerta, en la que se representaba al Gobierno, sobre todo el «melón pasado» que simbolizaba al primer ministro? Como respuesta recibió un ruido rápido y agudo; sir Lawrence le estaba hablando de la colección de caricaturas relacionadas con las elecciones que había juntado su padre. Había sido tan distinguido... y de lo más aburrido, sin duda, devolviendo todas sus visitas a caballo, con los pantalones sujetos con correas bajo las botas. Lord Charles Cariboo, el marqués de Forfar y él habían sido los últimos tres «visitantes» de ese tipo. De no haber sido así, ya nadie se acordaría de ellos. Ella tenía que probarse el vestido y ocuparse de veinte cosas más, jy el concierto de Hugo empezaba a las ocho y cuarto! ¿Por qué la gente de la generación anterior tenía siempre tanto tiempo libre? De repente, miró hacia abajo. Tinga-ling lamía el suelo de cobre. Lo levantó en brazos: «¡No, eso no se hace, cielo. Es malo!». ¡Ah! ¡Se había roto el hechizo! Bart se marchaba, evocando el pasado hasta el último momento. Esperó al pie de la escalera a que Michael cerrara la puerta y luego subió corriendo. Al llegar a su habitación encendió todas las luces. Allí estaba su propio estilo: una cama que no lo parecía y muchos espejos. El diván de Ting-a-ling ocupaba una esquina, desde donde se veía por triplicado. Lo dejó en el suelo y le dijo: «¡Ahora, calladito!». Hacía tiempo que mostraba una actitud indiferente hacia los otros perros; aunque eran de su misma raza y de un color exacto al suyo, ni olían ni podían lamer, así que no resultaba posible hacer nada con aquellas criaturas imitativas e increíblemente desinteresadas.

Fleur se quitó el vestido y sujetó el nuevo bajo la barbilla, para ver cómo le sentaba.

- —¿Puedo darte un beso? —dijo una voz, y la imagen de Michael apareció detrás de la suya en el espejo.
- —Querido mío, no hay tiempo. Ayúdame con esto. —Se puso el vestido por la cabeza—. Abróchame los tres corchetes de arriba. ¿Qué te parece? Oh, Michael, es posible que Gurdon Minho venga a cenar mañana porque Wilfrid no puede. ¿Has leído su obra? Siéntate y háblame de ella. Solo escribe novela, ¿no? ¿De qué tipo?
 - —Bueno, siempre ha tenido algo que decir. Y sus arpías están bien.
 - —¡Oh! ¿He metido la pata?
- —En absoluto. Es un tipo estupendo. El vicio de los de nuestra época es que dicen las cosas muy bien pero no tienen nada que decir. No perdurarán.
 - —Precisamente por eso perdurarán. No pasarán de moda.
 - —¿Que no? ¡Caray!
 - —Wilfrid perdurará.
- —Es que Wilfrid tiene sentimientos: odia, se compadece, desea. Al menos, en ocasiones. Y cuando lo hace, su trabajo es muy bueno. En caso contrario, se limita a hacer una canción que no habla de nada, como el resto.

Fleur remetió la parte de arriba de su ropa interior.

- —Pero Michael, si es así... invito al grupo equivocado.
- —Mi querida niña, el grupo que está de moda en cada momento es siempre el grupo acertado. Aunque hay que estar continuamente vigilante y cambiarlo con la celeridad adecuada.
 - —¿Pero entonces tú crees que Sibley no perdurará?
 - —¿Sib? Por supuesto que no perdurará.
- —Pero está tan completamente seguro de que todos los demás ya han sido olvidados o van camino de serlo... Al menos reconocerás que tiene un don para la crítica.
 - —Si yo no tuviera mejor criterio que Sib, dejaría la editorial mañana mismo.
 - —¿Tú tienes mejor criterio que Sibley Swan?
- —Por supuesto. Mi criterio es más válido que el de Sib. ¡Pero si el criterio de Sib no es más que su opinión sobre sí mismo! En cuanto a los otros, no tiene paciencia; ni

siquiera lee sus obras. Es de los que leen una muestra de cada autor y luego comenta: «¡Oh, ese tipo! Es aburrido, o es un moralista, o es un sentimental, o pasa de moda, o no dice más que chorradas. Lo he oído cientos de veces. Eso si están vivos, porque si están muertos, la cosa cambia. Se pasa la vida desenterrando y canonizando a los muertos: así se ha labrado su nombre. Siempre hay un Sib en la literatura. Es un claro ejemplo de cómo los demás te juzgan según tu propia valoración de ti mismo. Pero en cuanto a que perdure... por supuesto que no lo hará. No resulta creativo ni por error.

Fleur había perdido el hilo. ¡Sí! Le parecía bien, no estaba mal el texto. ¡Eso pondría! ¡Debía redactar tres notas antes de vestirse!

Michael había vuelto a empezar.

- —Hazme caso, Fleur. La gente buena de verdad no habla... y no hace pandilla, reman en su propia canoa en lo que parecen aguas estancadas. Pero son precisamente las aguas estancadas las que forman el cauce principal. ¡Caramba, qué comentario tan ingenioso! ¿O es una sandez? ¿Las sandeces son comentarios ingeniosos o los comentarios ingeniosos son sandeces?
- —Michael, si estuvieras en mi lugar, ¿le dirías a Frederic Wilmer que la semana próxima coincidirá con Hubert Marsland durante el almuerzo? ¿Eso lo atraería o lo llevaría a no asistir?
 - -Marsland es un bicho raro y Wilmer es un ganso... No sé qué decirte.
- —Oh, tómatelo en serio, Michael. Nunca me ayudas a organizar. ¡No! No me manosees los hombros, por favor.
- —Verás, querida, es que no lo sé. No tengo un don para esas cosas, como tú. Marsland pinta molinos, acantilados y cosas así; dudo que haya oído hablar del futuro. Es casi tan clásico como Matthijs Maris. Si crees que le gustaría coincidir con un vorticista...
- —No te he preguntado si le gustaría coincidir con Wilmer; te pregunto si a Wilmer le gustaría coincidir con él.
- —Wilmer se limitará a decir: «Me gusta la señora Mont, ofrece una pitanza tremendamente buena». Y eso es verdad, cariño. Los vorticistas necesitan alimentarse o se quedarían sin inspiración.

La pluma de Fleur reanudó sus veloces trazos, volviéndose ligeramente ilegible. Murmuró:

- —Creo que Wilfrid serviría de ayuda; tú no vas a estar. Uno, dos, tres. ¿Y mujeres?
 - —Para los pintores, que sean guapas y con curvas, sin inteligencia.

Fleur dijo, enfadada:

—No puedo conseguirlas con curvas; ya no se llevan.

Y su pluma escribió:

Querido Wilfrid:

Almorzamos el miércoles: Wilmer, Hubert Marsland y dos mujeres más. Ayúdame a superarlo.

Siempre tuya,

FLEUR.

- —Michael, tu barbilla rasca como un cepillo para el calzado.
- —Lo siento, chica; no deberías tener los hombros tan suaves. De camino a casa, Bart le dio un consejo a Wilfrid.

Fleur dejó de escribir.

- —¿Sí?
- —Le recordó que estar enamorado constituía un buen recurso para los poetas.
- —¿À propos de qué?
- —Wilfrid se quejaba de que no le salían las cosas.
- —¡Vaya bobada! Sus últimos poemas son los mejores.
- —Yo opino igual. Tal vez se haya anticipado al consejo, ¿no crees?

Fleur dirigió la mirada hacia el rostro tras su hombro. No, conservaba su aspecto de siempre: franco, irresponsable, ligeramente parecido a un fauno, con sus orejas puntiagudas, sus labios sagaces y sus orificios nasales. Respondió lentamente:

—Si no lo sabes tú, nadie lo sabe.

Un resoplido interrumpió la respuesta de Michael. Ting-a-ling, alargado, bajo y peludo, se había metido entre los dos, con el morro negro levantado. Parecía decir: «Mi pedigrí es largo, pero mis patas son cortas, ¿cómo lo solucionamos?».

III. Musical

SIGUIENDO UN GRAN PRINCIPIO por el que se guiaban, Fleur y Michael Mont asistieron al concierto de Hugo Solstis no porque esperaran disfrutar sino porque conocían a Hugo. Además, creían que Solstis, inglés de origen ruso-alemán, era uno de los que restauraban la música inglesa, proporcionándole una amplia y espaciosa libertad de melodía y ritmo, a la vez que le aportaba un atractivo literario y matemático. No se podía asistir a un concierto ofrecido por ningún miembro de esa escuela sin utilizar la palabra «interesante» al salir. También resultaba imposible quedarse dormido con esa música inglesa restaurada. Fleur, que solía dormirse profundamente, ni siquiera lo había intentado. Michael sí se había dormido, para quejarse luego de que era como echar una cabezada en la estación de ferrocarril de Lieja. Esta vez ocuparon esas butacas de pasillo en la primera fila de platea que Fleur parecía monopolizar de forma natural. Allí Hugo y los demás podían ver cómo ocupaba su lugar en el movimiento de restauración inglés. Además, resultaba fácil escaparse al pasillo e intercambiar la palabra «interesante» con los entendidos de grandes patillas; o, después de sacar un cigarrillo de la pitillera de oro que la prima Imogen Cardigan le había regalado por su boda, disfrutar del sosiego de una o dos caladas. Sinceramente, Fleur tenía un sentido natural del ritmo que la llevaba a pasarlo mal durante aquellos pasajes largos e «interesantes» que evidenciaban, por así decirlo, el ascenso y la caída del compositor de su lecho de espinas. En secreto, le encantaba lo melódico, y la imposibilidad de confesarlo sin perder su ascendencia sobre Solstis, Baff, Birdigal, MacLewis, Clorane y otros compositores ingleses de la restauración, a veces ponía a prueba y llevaba al límite una forma de ser que tenía su lado espartano. Ni siquiera «confesaba» ante Michael; por eso le resultaba doblemente difícil cuando, con su falta de respeto natural hacia las personas, acentuada por la vida en las trincheras y su profesión de editor, su marido murmuraba «¡Dios!, ¡date prisa!» o «¡caramba!, ¡pero qué pesadez!», sobre todo porque Fleur sabía que Michael lo soportaba mejor que ella, ya que contaba con un carácter más literario y menos comezón por el baile en los pies.

El primer movimiento de la nueva composición de Solstis —Fantasmagoría piamontesa—, que era lo que habían acudido a escuchar en particular, dio comienzo con unos acordes interminables.

—¡Hombre! —dijo la voz de Michael al oído de Fleur— ¡Tres muebles grandes arrastrados simultáneamente sobre un suelo de parqué!

La sonrisa involuntaria de Fleur encerraba el secreto de por qué su matrimonio no le había resultado intolerable. Después de todo, Michael era un encanto. La combinación de entrega y viveza —de broma y lealtad— picaban la curiosidad y conmovían incluso al corazón rendido a otro mucho antes de serle concedido a él. El hecho de conmover sin picar la curiosidad habría resultado aburrido; picar la curiosidad sin conmover habría sido irritante. En aquel momento su marido se encontraba en una peculiar situación de ventaja! Rodeando las rodillas con las manos, las orejas tiesas, los ojos vidriosos de lealtad hacia Hugo y la lengua apretada contra la mejilla, escuchaba la obertura de una forma que provocó la admiración de Fleur. La pieza sería considerada «interesante», así que la joven cayó en el estado de observación externa y cálculo interno que tan común le resultaba por entonces. Allí estaba L. S. D., el gran dramaturgo; no lo conocía... aún. Daba un poco de miedo, con ese pelo tan de punta. Empezó a imaginarlo sobre su suelo de cobre, recortándose frente a uno de sus cuadros chinos. Y allá...; Sí!; Era Gurdon Minho!; Quién iba a pensar que acudiría a algo tan moderno? Tenía un perfil romano... del período aureliano. Dejando atrás semejante antigüedad, pensando encantada que al día siguiente podría ya formar parte de su colección, escudriñó la reunión rostro a rostro: no quería perderse a nadie importante.

Los muebles se habían detenido de repente.

—¡Interesante! —dijo una voz por encima de su hombro. ¡Aubrey Greene! Engañoso, un tanto artero, con el cabello claro, sedoso, peinado hacia atrás y sus ojos verdes, su forma de sonreír siempre le daba la sensación de que se burlaba de ella. Aunque, pensándolo bien, era caricaturista.

—Sí, mucho.

Se alejó un poco encogido. Podía haberse quedado un rato más, no iba a haber tiempo para charlar con otro antes de las canciones de Birdigal. Ya salía el cantante Charles Powls. Qué firme y eficiente parecía mientras arrastraba al pequeño Birdigal al piano.

Se oyó un acompañamiento encantador y melodioso.

El hombre firme y eficiente empezó a cantar. La canción tocaba todas las notas que salen del plexo solar y matemáticamente impedía que Fleur disfrutara con ella. Birdigal debía haberla escrito con miedo de que alguien la calificara de «vocal». ¡Vocal! Fleur sabía lo contagiosa que resultaba esa palabra: se transmitiría en su círculo como una enfermedad y Birdigal dejaría de existir. ¡Pobre Birdigal! Pero aquello era «interesante». Aunque, como decía Michael: «¡Oh, Dios mío!».

¡Tres canciones! Powls era estupendo... tan leal. Ni una sola nota sonó de forma que pareciera música. El pensamiento de Fleur revoloteó hacia Wilfrid. De entre todos los poetas más jóvenes, era a él a quien la gente concedía el derecho a decir algo. Eso le proporcionaba una posición importante: parecía emerger de la vida y no de la literatura. Además, había hecho cosas en la guerra, era uno de los hijos de lord Mullyon y seguramente recibiría el Premio Mercer por *Moneda de cobre*. Si Wilfrid la abandonaba, una estrella caería del firmamento que dominaba su suelo de cobre. No tenía derecho a dejarla en la estacada. Debía aprender a no ser violento, a no pensar de forma física. ¡No! No podía permitir que Wilfrid desapareciera; tampoco podía admitir más dramones en su vida, ni pasiones abrasadoras, *cul de sacs* o consecuencias. Eso ya lo había probado; un dolor apagado aún le servía de advertencia.

Birdigal saludaba y Michael decía:

—Salgamos un rato. El siguiente es un desastre. ¡Ay, Beethoven! ¡Pobre Beethoven! Tan pasado de moda... y con lo que nos gustaba.

Los miembros del movimiento restaurador llenaban el pasillo y el refectorio al que conducía. Los hombres y mujeres jóvenes, cuyos rostros y cabezas indicaban un carácter alegre y distorsionado, intercambiaban la palabra «interesante». Otros hombres, mucho más grandes, que parecían toreros sedentarios, impedían la circulación. Fleur y Michael se adentraron un poco, se apoyaron contra la pared y encendieron un pitillo. Fleur fumaba el suyo con delicadeza: era muy pequeño y usaba una diminuta boquilla de ámbar. Parecía admirar el humo azulado, en lugar de producirlo; había esferas a tener en cuenta más allá de aquel grupo de gente —;nunca se sabía con quién podría encontrarse!—, por ejemplo, la esfera en la que se movía Alison Charwell, político-literaria, de gustos católicos pero, como Michael siempre decía: «Convencidos, como un sistema sanitario, de que conforman la única esfera del mundo. ¡Mira cómo todos escriben libros de recuerdos, los unos de los otros!». A Fleur siempre le pareció que podría no gustarles ver a una mujer fumar en público. Maridando delicadeza e iconformismo, la joven nunca olvidaba que como mínimo pisaba dos mundos a la vez. Mientras observaba a derecha e izquierda, vio que también se apoyaba en la pared alguien que intentaba cubrir su rostro con el programa del concierto. «Wilfrid —pensó Fleur— y pretende simular que no me ve». Apenada como un niño al que le han afanado una moneda de seis peniques, dijo:

—¡Ahí está Wilfrid! ¡Ve a buscarlo, Michael!

Michael cruzó y tocó a su padrino de boda en el brazo. El rostro de Desert emergió tras el programa, con el ceño fruncido. Lo vio encoger los hombros, darse la vuelta y adentrarse entre el gentío. Michael regresó a su lado.

—Esta noche Wilfrid está de mal humor. Dice que no tiene ganas de hablar con nadie, ¡mira que es raro!

¡Cómo tardaban en comprender los hombres! El hecho de que Wilfrid fuese su amigo impedía que Michael se diese cuenta. ¡Menos mal! Así que Wilfrid estaba decidido a evitarla. Ya vería ella qué hacía. Dijo:

-Estoy cansada, Michael. Vámonos a casa.

Él la cogió del brazo.

—Lo siento, niña. En marcha.

Se quedaron un momento junto a una puerta abierta observando a Woomans, el director, lanzarse hacia su orquesta.

—Míralo —dijo Michael—, es como si atravesara una cristalera con los brazos y las piernas estirados y saliera volando. Y mira a la Frapka y su piano, vaya unión más turbulenta.

Se oyó un sonido extraño.

—¡Dios Santo, melodía! —exclamó Michael.

Un acomodador les dijo al oído:

—Señores, debo cerrar la puerta.

Fleur entrevió fugazmente a L.S.D., sentado tan estirado como su cabello y con los ojos cerrados. La puerta se cerró y ellos se quedaron fuera, en el vestíbulo.

—Espera aquí, querida; voy a buscar un taxi.

Fleur se acurrucó entre sus pieles. El viento soplaba frío, del este.

Una voz a su espalda dijo:

—Y bien, Fleur, ¿debo partir hacia Oriente?

¡Wilfrid! El cuello de la chaqueta subido hasta las orejas, un cigarrillo entre los labios, las manos en los bolsillos, los ojos devorándola.

- —¡Eres un tonto, Wilfrid!
- -Lo que tú digas. ¿Debo partir hacia Oriente?
- —No. El domingo por la mañana, a las once, en la Tate. Lo discutiremos.
- —; Convenue! —dijo, y desapareció.

Al encontrarse sola tan de repente, Fleur sintió la primera sacudida de la realidad. ¿De verdad Wilfrid se iba a volver imposible de manejar? Un taxi se detuvo con estrépito, Michael le hizo señas y ella subió al coche.

Al pasar junto a un oasis apasionadamente iluminado de jovencitas que mostraban al londinense interesado el colmo del desnudo francés, sintió que Michael se inclinaba hacia ella. Si quería conservar a Wilfrid, tendría que ser amable con Michael. ¡Pero...!

- —No era necesario que me besaras en Piccadilly Circus, Michael.
- —Lo siento, querida. Me he adelantado un poco, pensaba hacerlo frente a los salones del Partheneum.

Fleur recordó que su marido había dormido los primeros quince días de su luna de miel en un sofá español; que siempre insistía en que ella no debía gastar en él, pero sí permitir que él le comprara a ella todo cuanto deseara, a pesar de que ella recibía tres mil libras de renta al año y él mil doscientas; que se preocupaba mucho cuando ella sufría un simple catarro y que siempre llegaba a casa a la hora del té. Sí, ¡era un encanto! Pero ¿se le rompería el corazón si al día siguiente él partiera hacia Oriente... o hacia el oeste?

Acurrucada contra él, su propio cinismo la sorprendió.

En el vestíbulo, le habían dejado un mensaje que rezaba: «Por favor, diga a la Sra. Mont que iré con Gurdon Minho. Lady Alison».

Qué alivio. ¡Ya tenía una auténtica antigüedad! Encendió las luces de su cuarto y se quedó admirándolo. ¡Qué bonito era! Se oyó un ligero resoplido en el rincón: Ting-a-ling, color tostado sobre un cojín negro, parecía un león chino en miniatura; puro, distante, recién llegado de su comunión nocturna con la valla que rodeaba la plaza.

—Ya te veo —dijo Fleur.

Ting-a-ling ni se inmutó; sus ojos negros y redondos observaron a su dueña mientras se desvestía. Cuando Fleur regresó del cuarto de baño, el perro se había hecho un ovillo. La joven pensó: «¡Qué curioso! ¿Cómo sabrá que Michael no va a venir?», se metió en su caldeado lecho, se hizo un ovillo ella también y se quedó dormida.

Pero en contra de su costumbre, se despertó en plena noche. Un grito prolongado, misterioso, rezagado, proveniente de algún sitio —del río, de los barrios de atrás—, le trajo recuerdos —conmovedores, dolorosos— de su luna de miel, de Granada, de sus tejados azabache, marfil, oro; del grito del sereno, de la carta de Jon:

Una voz grita en la noche, en la vieja ciudad española que duerme oscurecida bajo las blancas estrellas. ¿Qué dice la voz? ¿Qué, su clara y persistente angustia? ¿Es tan solo el sereno con su eterno canto de seguridad?

¿O un caminante que regala a la luna su canción? ¡No! Es este desheredado, cuyo corazón de amante llora, no es más que su grito: «¿Cuánto dura este sufrir?».

Un grito, ¿o lo habría soñado? ¡Jon, Wilfrid, Michael! ¡Era mejor no tener corazón!